

Vigilia Pascual (03-04-21)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

Transcripción

Hermanos y hermanas, hemos caminado el mismo camino del Señor en estos días, y la mayoría de nuestro pueblo, a través de la vida que llevamos a partir de esta Pandemia, ha sentido la huella de la muerte y espera encontrar aún la huella de la esperanza que Jesús nos viene a traer esta noche.

Sin embargo, la vida nos dice que la vida termina en la muerte, aunque nosotros permanentemente esperamos más, esperamos más allá de la muerte, porque nos parece siempre injusta.

Así como la muerte de Jesús fue injusta doblemente, por ser simplemente muerte, pero también por el modo como se ensañaron con Él, con injusticia ante un inocente, hoy día sentimos y comprendemos más la muerte de Jesús, porque nos ha azotado una enfermedad que nosotros no hemos promovido, pero que probablemente ciertas fuerzas en el mundo, ciertos errores de la humanidad, ciertos pecados también de la humanidad, han generado estos problemas, porque al conducirnos por cierto individualismo, hemos creado del mundo un sepulcro, un panteón, un camposanto.

Y así como lo lloraron las mujeres, y así como el mismo Señor entregó su vida hasta la muerte, con lágrimas en los ojos, el Señor hoy viene a decirnos un mensaje nuevo. Estas mujeres que son las únicas que estuvieron presentes al momento de la sepultura de Jesús, hacen aquellos ritos que son propios de quien ve que la muerte nos azota y van a buscar a Jesús para ultimar los ritos funerarios que permiten decir que ya todo está cumplido y terminado.

Que estaba cumplido, sí, que estaba terminado, no. Ellas piensan que todo está simple y llanamente terminado, por eso van con aromas que son cosas muy propias de quien ama a alguien y quiere expresarle la delicadeza, como lo había hecho también aquella mujer cuando ungió a Jesús para sepultura.

Sin embargo, aquí el rito está ligado simplemente a la terminación de la vida, inclusive su preocupación mayor es quién les va a correr la piedra de la entrada del sepulcro. No se sentían con fuerzas, estarían desanimadas, y además, necesitarían ayuda y estaban pensando tenerla. Pero ya nos anuncia solamente en la geografía y en el clima, que fueron muy temprano, todavía estaba oscuro, en el primer día de la semana que es el domingo. Y al salir el sol, fueron al sepulcro a oscuras y encuentran algo muy diferente a lo que pensaban. No encuentran un sepulcro vacío, sino un sepulcro abierto, un sepulcro que está en una posición más allá de lo que siempre encontramos en los sepulcros cerrados en donde la muerte reina.

Vamos nosotros también a intentar vivir esta nueva situación que empieza a surgir a partir de aquí. ¿Qué hacen las mujeres? Simplemente, se asustan. El texto, al final después del texto que ha elegido la liturgia para hoy, en el versículo 8, dice que “estaban asustadas”, pero es interesante que, entren al sepulcro, porque este es un signo tanto de que querían entrar para acabar, para terminar con un rito la vida de Jesús, como también un gesto de penetrar en la herida humana, en el dolor humano que todos necesitamos hacer.

En este tiempo tan duro y tan difícil, sin regodearnos en la muerte ni exaltarla, es necesario que revisemos nuestras vidas, que entremos en nuestros sepulcros para poder allí esperar lo más nuevo todavía. Vivamos abiertos para entrar en nosotros mismos, en los problemas de nuestro país, en este sepulcro en que se ha convertido el Perú, en este sepulcro en que se ha convertido el mundo, e intentemos aceptar la sorpresa que nos espera. Cuando entramos al sepulcro, encontramos algo, en primer lugar, vemos algo distinto. Y estas mujeres vieron al joven sentado a la derecha, vestido de blanco, cosa que las desconcierta, y dice el texto: “se asustaron”, porque estamos acostumbrados a que todo es muerte y que no hay nada más que la muerte y todo termina allí, y hacemos los ritos para embalsamar y para terminar.

Dios no nos creó para la muerte, Dios nos creó para Él. “Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón estará siempre inquieto hasta que no descanse en ti”, dice San Agustín. Y el Señor nos ha creado para Él, para la vida. Y por lo tanto, cuando penetramos nuestros sepulcros y bajamos con las mujeres, y nos atrevemos, justamente, aunque busquemos simplemente terminar la vida, estamos en cierto modo con una pizca de apertura a recibir la novedad de Dios.

Un muchacho vestido de blanco. Pero es un muchacho que habla, que dice algo que él sabe, que no hay que asustarse. Y comprende que estas mujeres buscaban a Jesús, el Nazareno, el crucificado, y les complementa: no es solo “el crucificado”, es el que “no está aquí”, es el Resucitado, el crucificado Resucitado, que nos deja solamente el sitio donde lo pusieron para que recordemos. A veces recordar se entiende, simple y llanamente, como recordar el pasado, pero recordar es meter a alguien en lo más profundo del corazón. Y los signos del sepulcro no nos sirven para volver al pasado, sino para entrar en lo profundo de la experiencia que nos hizo vivir Jesús a través de tantas dificultades. Y para, a través de ellas, escuchar a este muchacho vestido de blanco que nos dice que no lo busquemos aquí, porque ha resucitado y ha salido del sepulcro.

Y por eso, salir del sepulcro significa una Iglesia que sale de su anquilosamiento,, una Iglesia que sale de un concepto cíclico y cerrado de la vida, de una humanidad que ha perdido la fe, no porque no tenga religión, sino porque su religión se basa, muchas veces, en sus propios intereses y proyecciones que, finalmente, terminan en construir muerte.

Jesús ha venido a reparar nuestro ser con la esperanza, pero también a reparar nuestra fe para que sea un don y no una construcción nuestra. Y por esa razón, esa religión que azotaba a los hebreos y que había matado a Jesús, y que proclamaba la muerte como lema, la muerte en sacrificios y la muerte de todos los que sacrificaban, que estaban prácticamente autodestruyéndose obedeciendo leyes absurdas, incapaces de dar vida, nos dice, ahora también, que Jesús Resucitado no está aquí, que ha salido y que los va a encontrar en Galilea. Y les encarga a estas mujeres asustadas que vayan a decirle a sus discípulos

y a Pedro que Jesús va camino de Galilea, y que allí lo verán como les dijo.

¡Qué sorpresa!, porque nosotros pensábamos que resucitar significa que Jesús ya se había ido al cielo. Y es verdad que en un momento asciende al cielo, donde el Padre. El cielo que permanece siempre abierto para enviar el Espíritu Santo y la comunicación entre cielo y tierra, entre reino y vida humana, que siempre será permanente y para que siempre se reciban sus dones. Pero antes de subir al reino prometido y encontrar nuevamente al Padre después de la tarea cumplida, Jesús, primero, va a Galilea.

Hoy día, el Santo Padre en la preciosa homilía de esta noche de Pascua en Roma, ha dicho que todos nosotros estamos llamados a renacer para volver a las 'Galileas' en las cuales vivimos y en las cuales estamos llamados a compartir la vida con Jesús.

No es la repetición de la historia, es la renovación de la historia después de la experiencia vivida con Jesús, en donde sintieron los discípulos, conocieron y palparon lo que era el amor, un amor gratuito, un amor capaz de recrear las cosas y la vida. Y ese amor, lo sostuvo, inclusive, hasta la última tentación. Y al no bajarse de la Cruz, renovó la humanidad, porque conocimos a un Dios que no se venga, que no recrimina, que no maltrata, que no juzga, sino que ama, y al amarnos, nosotros al rechazarlo, nosotros mismos nos juzgamos como los no partícipes de su amor, nos autocondenamos. Él se ofrece para que no nos autocondenemos y aceptemos su amor. Así como un niño, Jesús, pequeñito, nació inerte y todos lo cogimos, al niño Jesús crecido y madurado en esta vida y clavado en la Cruz, hemos de acogerlo ahora, pero hemos de acogerlo ahora en 'nuestras Galileas', en nuestros caminos distintos, en nuestras historias, en nuestros pueblos, en nuestras provincias, en nuestras zonas de la selva, de la sierra y de la costa, en donde más pobreza y necesidad hay, en las contrariedades de nuestras familias, en el dolor que sentimos por la enfermedad, en todos los esfuerzos que hacemos por identificar la luz en medio de la oscuridad.

Por eso, hermanos y hermanas, esta noche, vamos a proponernos recomenzar nuestra vida desde Jesús, allí en 'nuestras Galileas' donde estamos, para que, inclusive, en las más sencillas y pobres, redescubramos nuestra fe cristiana caminando. Así, Él empezó a caminar en Galilea, enamorándonos, mirándonos a los ojos, espantando demonios, curando leprosos, animando a la gente y perdonando a los pecadores; levantando a los parálíticos, compartiendo el pan con los hambrientos. Ésa es la misión de la Iglesia, y con ese camino, ilumina el mundo para que, el amor, la comprensión, la capacidad de dialogar, la acogida a las personas a los buenos proyectos de cada uno, y de todas las personas que quieren el bien para nuestra nación y para nuestro mundo, podamos seguir a Jesús en esas Galileas y, hacer el mundo a imagen y para la semejanza que Dios nos hizo a Él, semejanza en el amor.

Hermanos y hermanas, demos gracias, porque este Dios nos abre caminos y nos hace esperar contra toda esperanza. Y esa esperanza está en la Resurrección que no es solamente un acto que le tocó a Jesús, sino que es la Resurrección de toda la humanidad y de toda la creación, para superar los límites y las trabas creadas por el pecado, por la intolerancia, por la indecencia, por el abuso y por la maldad. Que Dios nos siga resucitando en el próximo tiempo Pascual caminado por las Galileas del Perú.